

Derecho y Realidad
Núm. 16 • II semestre de 2010
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, UPTC
ISSN: 1692-3936

La última conversación con mi nostalgia

Néstor Moreno Huertas*

*“Para mis amigos, nunca los voy a recordar,
Mas bien, los extraño con todo mi corazón”*

* Estudiante de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

En aquella época, solía pasar las noches enteras en el tercer piso de mi casa mirando el transcurrir de los años; años que no solo representan sentimientos, sino también sueños, ideas, vigiliyas y tristezas. Una vez, un amigo me dijo que deseaba fervientemente que uno de sus más representativos hallazgos amorosos lo olvidara, es decir, quería convertirse en un recuerdo, porque para él los recuerdos fueron inventados para que las personas los olvidaran. Al principio no entendí este pensamiento, pues imaginé que se trataba de una de las tantas tonterías** que hacían parte de nuestro desvencijado arte de hablar en público, lo que no se atrevería una persona razonable a decir en sus cinco sentidos. No lo comprendí entonces, porque no me había entregado aún a la tarea de recordar, de olvidar.

Pero una noche, iluminada por la luna y los faroles de la calle, impresionado por la manera tan dramática como habían pasado los años y acompañado de Nostalgia -mi amiga imaginaria e inseparable de toda la vida- me permití recordar lo que ya había olvidado hacía mucho tiempo. Siempre he dicho que la terraza de mi casa es el sitio ideal para una chismosa, para la perfecta fisgona que ordenaría todo con el insaciable carácter investigativo de una matrona en extremo comunicativa. Desde allí podía observar las esquivas chivas que rondan sin dueño por los

potreros a pocas cuadras de mi calle, las claras cortinas de la vecina de enfrente, las ventanas abiertas de par en par de las viviendas del barrio, las cuales se presentaban sin interrupciones, en transmisiones directas las veinticuatro horas del día.

Conforme iban pasando las horas, seguía recordando tantos momentos, que me puse a pensar, cómo me vería a mí mismo con rulos, una silla, una bebida energética, y una libreta con muchos lapiceros, tomando atenta nota de los últimos acontecimientos de la noche, para luego ir a publicarlos en la mañana cuando fuere a sacar fiado en la tienda los víveres del almuerzo y la comida, o al menos, para hacerle olvidar a la vecina de la tienda, la antigua deuda que me reclamaba desde hacía mucho tiempo, con una noticia fresca. Sonreía con picardía, pues la comparación no estaba muy lejos de la realidad, me atrapaba un deseo insaciable de escuchar el gemido libidinoso de los neumáticos, que acariciaban el asfalto indecentemente cuando el conductor, por estar atrapando mariposas en la cabina de su auto, no veía el reductor de velocidad que había justo al frente de mi casa; de observar a los ladrones que pasaban por la cuadra con una convicción plena e inequívoca de que en este barrio sí encontrarían un buen cliente que se dejara atender; a los vecinos que por andar defendiendo

** Palabra particularmente similar a teoría.

sus principios democráticos, olvidaron votar en su trabajo para que no los despidieran; a los niños y las niñas, hijos de padres inseparables, que ni la muerte los pudo distanciar en un accidente de tránsito cerca de mi ciudad.

Los momentos de alegría incontenible de mis vecinos o, mejor, de mis vecinas y sus acompañantes, que no podían mantener en su lugar el vestuario que los separaba de ser iguales a mí. El soñar con algún día alcanzar la altura a la que llegan las luminarias que rascan la comezón de las estrellas, y poder olvidar completamente a los intoxicados, quemados, asesinados en las fiestas decembrinas, festejadoras de un año que dejaba siempre más desempleados, más niños tristes y madres desconsoladas. Por eso nunca me gustaron los diciembres, y lo que hacía era ver esas luces que nacían de la tierra y se desvanecían en el firmamento.

Mi vida fue tranquila, en cierto modo, y no puedo quejarme porque tuve una niñez acomodada, entre los besos desagradables de mis tías que me molestaban sobremanera, el sueño de algún día ser un gran percusionista, el colegio, mis amigos, y la vecina que siempre me gustó, pero sólo verla, admirarla, observarla; la deseaba, pero no morbosamente, como muchos pensarían. Siempre fui muy inquieto en el análisis, y llegué a una conclusión: el hombre viene a la vida a sentir y por ese sentir es que vive.

A través de los años el hombre aprende a decidir cómo orientar esas emociones, aprende a vivir, y esas pasiones son el desarrollo sensual en el imaginario de ese individuo. Para mí, esa niña siempre fue absolutamente fascinante, y conforme fuimos creciendo, aprendía a vivir. Me di cuenta que mis deseos debían ir encaminados no a tenerla, sino a admirar su belleza; este proceso de admiración lo efectuaba a través de una corredera que dejaba muchas posibilidades de acecho, podía observar extasiado cómo una fragante silueta pintaba un rostro de felicidad en mi cabeza, y ella parecía estar completamente de acuerdo conmigo, pues cuando terminaba su rutina, cerraba esa transparente cortina diciendo con la danza de sus manos, *“regresa mañana por uno más de mis retratos”*. Esa ventana era para mí como una galería de hermosas doncellas, pues ella se representaba a sí misma una y mil veces por más de mil y unas cuantas noches, dejando impregnado su aroma en mis recuerdos.

Desde mi terraza veía también cómo todos mis vecinos tenían bicicleta y yo no, pero no los envidiaba, porque yo tenía mi triciclo con el cual podía jugar a los Moto Ratones. Fue muy gracioso ver cómo, sin darme cuenta, ya tenía que sentarme en la silla trasera de mi triciclo, porque las piernas eran muy largas para pedalear en el asiento principal, lo que me daba un aire de superioridad, pues en este puesto solo

se sentaban mis primos grandes y, además, maniobraba al mejor estilo de las motos *Indian*, o *Harley Davidson*, así que no tenía nada que envidiarle a mis vecinos que tenían bicicleta. Un ir y venir por la misma acera, por el mismo andén y en la misma cuadra, que ahora ya no recorro con triciclo, porque se lo regalé a mi primito para alegría de mi familia; ahora lo atravieso caminando mientras olvido que hace muchos meses pasé por ese mismo lugar balbuceando ese sonido, brrrrrrrr.

En mi barrio nunca hubo problemas graves entre los vecinos, tal vez dentro de los hogares sí habría existido alguno, aunque no muy a menudo se escuchaban serenatas con mariachis o tríos, que cantaban muy bonito los boleros y las rancheras, esas rancheras que se entonaban con el alma de un hombre o mujer que tenía que llevar la comida para sus hijos, además del infaltable y no sé hasta qué punto hipócrita beso de reconciliación que desembocaría en otra serenata. Lo más bonito de mi terraza era levantarse temprano a ver el amanecer, también era agradable no dormir esperando que pasara algo que valiera la pena el desvelo, y siempre valía la pena, porque el amanecer bañado de casas, edificios y uno que otro árbol en la lejanía, permitía ver la majestuosidad de un sol creado para darnos los

buenos días y dar paso nuevamente a una hermosa y fría noche, iluminada por la luna y los faroles de la calle.

-¿Cómo ha pasado el tiempo, verdad?- me decía Nostalgia aquella noche con lagrimas en sus ojos; me pedía que ojalá nunca la recordara, porque todos mis recuerdos los había olvidado, porque todos aquellos momentos que vi desde esa terraza en obra negra y cubierta con vidrios que la convertían en un horno, los había extraviado en mi memoria y lo que menos quería era que yo me olvidara de ella, que la borrara de mi corazón. Sólo en ese momento fue cuando comprendí las palabras de mi amigo, que me decía sobre el único fin de los recuerdos, me di cuenta que ya habíamos madurado, y que nosotros ya no recordábamos, sino que extrañábamos y que nos dolía siempre tener que recordar, como a mí me sucedió esa noche.

Nunca más me he vuelto a encontrar con Nostalgia, cada día pienso en lo que me dijo... fue una especie de promesa, o tal vez una profecía que versaba sobre un hecho futuro y claro, que nunca la volvería a ver. Cada día pienso en esa noche, en las palabras profundas que me dedicó tinturadas con su llanto, que ella talló en su corazón y en el mío, un momento inigualable digno de ser extrañado.